

CONFIGURACIONES DE LAS SOMBRAS Y LEO BROUWER

por Joel del Río

Un sentido inmanente de la belleza, del misterio ilimitado que asiste a los genios, destilan la hora y diez minutos de *Brouwer: El origen de la sombra*, insólito documental codirigido por Katherine T. Gavilán y Lisandra López Fabé, con producción de la primera, y un complejo guión, concebido por la segunda, muy distante de la entrevista consabida, la narración causal, y la glosa más o menos biográfica.

Concebido con la noble idea de rendir tributo y redactar, quizás, la imprescindible apología del extraordinario músico, compositor, pedagogo y director de orquesta, el documental huye del panegírico y la cronología desde que escuchamos a su protagonista, en una de las primeras escenas, declarar su rechazo a las redundancias del documental monográfico, ese que coloca al protagonista delante de la cámara para que cuente su historia.

Y el rechazo del protagonista, y de los realizadores, en estrecha complicidad, a las convenciones asentadas en este tipo de documental exegético, derivó en este singular tributo, incluido desde ya entre

los documentales cubanos más hermosos que he visto en fecha reciente. El colectivo de jóvenes creadores atestigua a plenitud la fluencia, en absoluta libertad, de la conciencia del artista, que habla directamente a la cámara, lo escuchamos en off, o simplemente permanece en la tranquilidad y el silencio, dos condiciones que él considera imprescindibles para estimular el pensamiento.

La deslumbrante fotografía de Alejandro Alonso (de impronta reconocible gracias a sus anteriores documentales *La despedida* y *El proyecto*, entre otros) se recrea en planos detalles de filiación simbólica, angulaciones bizarras, iluminación expresionista, primerísimos planos, o encuadres anti convencionales, que le proveen a la obra fortísima componente experimental, a veces contemplativa, una inclinación al llamado fulgor y a la quietud reforzada por las estrategias del sonido y la edición, a cargo respectivamente de Velia Díaz de Villalvilla y Emmanuel Peña.

La musical flexibilidad de la muy abierta y acumulativa estructura, que se aventura por una vereda libre de concomitancias narrativas, resultó la única posible cuando el propósito se acercaba a la

complicada, casi imposible definición del misterio de la creatividad, mediante un cúmulo de imágenes y palabras, y músicas, que juegan al enigma y la metáfora, mientras se insertan también referencias, por supuesto, que dan fe del inaudito virtuosismo del protagonista.

La memoria del espectador sensible seguramente se verá impactada por varios grandes momentos de *Brouwer: El origen de la sombra*: habrá quien se quede con los instantes de furia y exabrupto, soberbia y desaire; otros recordarán la perfección de una esfera azul, que flota sobre un fondo de ásperas y grises rocas; tal vez quede en la mente el vértigo generado por un itinerario que se inicia en la calle bulliciosa, el patio umbrío, o el hogar tranquilo, y luego salta hasta las alturas prodigiosas de la creatividad, cimas inalcanzables para la mayoría de nosotros, para luego regresar a la calle bulliciosa o el patio umbrío.

Porque, al igual que la mayor parte de la música de Leo Brouwer, o la prosa poética de Lezama Lima, el documental busca la arriesgada epifanía de manifestar lo oculto, y poner en imágenes y sonidos aquello que asciende para que la luz (y sobre todo las sombras) lo configure.

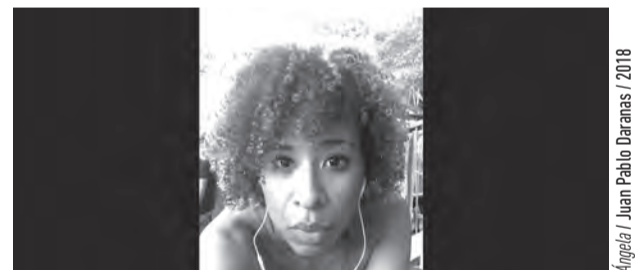
por Gustavo Arcos Fernández-Britto

yo vine aquí a avanzar...
¿a qué viniste tú, entonces?

Un diálogo basta para hacer una película. También para pensar un país. Es directo y brutal. Detrás de él pueden contarse las historias de dos millones de cubanos. Pero *Angela* no es una película sobre la emigración, al menos en primera instancia. Es una obra sobre la incertidumbre y el vacío que esta genera. En esta no importan mucho las razones del viaje, ni siquiera el acto, que es dado por hecho; sino sus consecuencias. En esa dialéctica del causa-efecto, el director coloca a su personaje.

A Juan Pablo Daranas, definitivamente le interesan los sujetos descolocados y en transición. Jóvenes que se desplazan por diferentes espacios buscando diseñar sus vidas y reafirmarse como individuos. No le preocupa el todo, sino las partes. Le inquieta el proceso, no su resolución. Expone los conflictos, pero deja que los espectadores construyan el final. Son las marcas de una obsesión. Es lo que sucede con Carlos, el cineasta que debe resolver un dilema ético (beca en el extranjero de por medio), cuando lo invitan a mutilar su propia obra en *Yunaisy* (2013). Es Yusniel, un donnadie que quiere ser cantante lírico, en la película del mismo nombre, pero también el joven panadero/albañil/bicitaxista, dispuesto a todo, con tal de salir adelante en *El diario de Yoandry* (2013); y sin dudas Alicia, la inadaptada actriz, que espera una oportunidad que no le llega y que no vive en un país de maravillas, sino en un circo ambulante, en *Crepúsculo* (2015).

Angela vuelve a presentarnos un personaje que intenta reconfigurar su destino y lo hace a través de un viaje. Esta joven cubana recién emigrada, vive, paradójicamente, sola en New York, la más cosmopolita de las ciudades. Su integración será lenta y dolorosa. La puesta en escena simula documentar algunos episodios de su vida, una suerte de *selfie* personal que contrapone los momentos del placer, con los de hastío. El punto de vista documental (subjetivas, cámaras en mano, imágenes con diferentes texturas, tomas callejeras, diálogos casuales, ambientes y sujetos reales) legitima la pretensión de registro «improvisado», situando al espectador en el mismo entorno de lo cotidiano, participando de las conversaciones de Angela, sus risas, sus nostalgias, dudas u ofrendas a Yemayá. Formalmente, los espacios quedan bien diferenciados. Por un lado, vemos la cocina de un trabajo eventual, el pequeño apartamento, las calles, los pasillos del metro, como lugares fríos, casi claustrofóbicos y de tensión, en tanto los parques, puentes y plazas son para la energía y diversión. La música y los ritmos, especialmente la rumba. Ambos espacios generan el contraste y se erigen como escape o reconexión del personaje, con su naturaleza. Momentos fugaces, sí, pero momentos que le proporcionan felicidad y realización.



Angela / Juan Pablo Daranas / 2018

En ciertos instantes Angela le habla a su madre, que de alguna forma somos también nosotros, los espectadores en Cuba. La empatía con la escena es directa y emotiva, porque en esta isla hay desgraciadamente, muchas madres como la de Angela. Daranas recurre a la simulación, pues nuestro personaje construye para los ojos de la madre un mundo que no existe, suavizando su drama personal para paliar el dolor o la frustración: «*te imaginas que estuvieras aquí, mamá (...)* este es el puente de Brooklyn, allá el Parque Central (...) Un día te traeré a New York». Es el momento *Instagram*, para la postal y la esperanza de reunificación. La partida cobra sentido y New York será la utopía realizada, aunque para la protagonista, ahora solo sea el monstruo que, eventualmente, puede anularla. Y eso lo sabremos los espectadores a través de los ojos de Angela.

El corto capta muy bien ese difícil período inicial, de zozobra e inseguridad que puede acompañar a muchos emigrantes. Etapa emocionalmente crítica, en la cual todo parece extraño o ilegítimo. Las propias experiencias de Daranas o Idalmis García, la actriz, debieron nutrir el argumento. En ese sentido se convierte en un corto autorreferencial, donde ambos exorcizan una parte de sus demonios interiores. Al mismo tiempo, siento que Angela es un *iceberg*, que aun esconde sus mejores momentos para, quizás, ese largometraje que está por venir. Mientras llega, me gustaría pensar que ella es también Yunaisy, aquel personaje de un corto filmado por Daranas hace seis años, una «guajira» que trataba de instalarse en La Habana, quien a pesar de todos los obstáculos y prejuicios creía encontrar al fin, ese *rayito de luz*, para seguir adelante.

ANGELA... EN OTRA PARTE

B